

REFLEXIONES EN TORNO AL MODELO AGROPECUARIO PRODUCTIVISTA¹

Ponente:

Nick J. Evans

University of Worcester

LA CONDICIÓN PRODUCTIVA

Existe un amplio acuerdo entre los geógrafos agrícolas sobre el hecho de que un modelo "productivista" de explotación agropecuaria ha dominado la agricultura europea entre los 40 y los 80. Se instauró dicho modelo para incrementar la eficiencia en la producción de alimentos, recibiendo el pleno apoyo del estado a través de incentivos financieros y del patronazgo de las innovaciones tecnológicas. La meta estratégica era alcanzar niveles nacionales de autosuficiencia en los principales productos. Se pueden identificar tres procesos primarios interrelacionados que apuntalan ese productivismo que ha impregnado en distinta medida todos los sectores empresariales relacionados con la agricultura (Bowler, 1985). En primer lugar, la intensificación, que se refiere al incremento del rendimiento por hectárea. Éste se ha conseguido a través del uso de productos químicos y fertilizantes inorgánicos, junto con la aplicación de los avances en biotecnología y el recurso masivo a la maquinaria. Ha tenido consecuencias especialmente per-

¹ Texto original en inglés, traducido por Albert Roca (Universidad de Lleida).

judiciales sobre el entorno. En segundo lugar, el proceso de concentración, que representa la tendencia hacia menos unidades de explotación y más grandes. Semejante amalgama de granjas y fincas ha significado que las pequeñas explotaciones supervivientes han resultado marginadas económicamente, al tiempo que se ha producido un inevitable descenso en el número de agricultores, así como un declive paralelo de la diversidad en las prácticas agrícolas. En tercer lugar, la especialización, que describe los procesos por los cuales los granjeros han eliminado aquellas empresas de su propiedad que menos beneficios les proporcionaban. Esta tendencia hacia los monocultivos aumenta los riesgos medioambientales, promueve la rigidez de las explotaciones y ha contribuido a hacer crecer su endeudamiento.

La construcción de un modelo productivista ha probado ser un descriptor útil del desarrollo de la agricultura europea de postguerra, una capacidad que se le ha reconocido universalmente. Sin embargo, desde mitad de los 80, los investigadores han empezado a cuestionar el continuado dominio de la ideología productivista. En ese momento, se hizo evidente una "crisis agrícola" políticamente polifacética. Los problemas, bien conocidos, comprendían la sobreproducción de comestibles, el inmenso coste presupuestario del apoyo a la agricultura y un nivel de daños sobre el medio ambiente sin precedentes. El Estado luchó con la reducción de la producción de alimentos, mientras que los propios negocios agrícolas familiares sufrieron caídas en sus ingresos. Se dio una presión considerable para que los negocios agrarios ajustasen sus actividades para poder continuar prosperando o, simplemente, para sobrevivir. En los primeros 90, se acuñó el término "postproductivismo" para transmitir la idea de un cambio importante en las prioridades agrícolas, distinto de la focalización en el aumento de la producción alimentaria. Desde ese momento, el término se ha convertido en una muletilla de moda para resumir un complejo cambio agrario, o incluso rural, desde una perspectiva más general (Munton 1990; Shuksmith, 1993; Ward, 1993). Ahora, muchos autores argumentan que el giro o la "transición" al postproductivismo ya es cosa hecha. Las "reformas MacSharry" de 1992 en la Política Agrícola Común de la Unión Europea —que implicaban la coordinación de medidas

limitadoras de la producción, así como la introducción de toda una serie de iniciativas medioambientales— han animado a suscribir la noción de "transición postproductivista" a un número creciente de investigadores.

Esta ponencia defiende que se necesita una mayor reflexión crítica antes de adoptar el concepto de transición postproductivista. A nivel filosófico, surgen inmediatamente dudas sobre la prudencia de oponer dentro de una fórmula dualista productivismo y postproductivismo, especialmente en una época en que se está dando un movimiento de rechazo de la aplicación de semejantes patrones de pensamiento en la geografía humana (Massey, 1996; Gerber, 1997; Murdoch, 1997).

Con todo, a escala conceptual es más que discutible hasta qué punto se puede aseverar que una ideología postproductivista ha reemplazado a otra productivista. En consecuencia, la siguiente sección de la ponencia examina la manera cómo se ha teorizado el postproductivismo. Se recurre a evidencias procedentes tanto del sector puramente agrícola como del ganadero en el contexto del Reino Unido (RU) para cuestionar la legitimidad de la transición postproductivista. La concentración en el RU se debe a que es ahí donde se piensa que los procesos postproductivista han alcanzado un estadio más avanzado y muchos estudiosos británicos se han apresurado en "apuntarse" a la mencionada noción. Posteriormente, se cambiará brevemente de objeto de atención para demostrar lo continuado del dominio productivista en los sectores agropecuarios del RU, por mucho que hayan aumentado su presencia incoherencias y perturbaciones de todo tipo. La sección final aboga por un programa futuro de investigación basado en un modelo productivista reconfigurado que utiliza ideas y sugerencias derivada de aproximaciones culturales a la geografía humana en lugar de tratar de interpretar el cambio como postproductivismo.

TEORIZACIÓN DE LA TRANSICIÓN POSTPRODUCTIVA

De acuerdo con Morris y Evans (1999), la noción de postproductivismo ha experimentado tres etapas evolutivas desde su emergencia en los tempranos 90. Primero, se la usó para

describir las estrategias de ajuste empleadas por los negocios agropecuarios familiares para sobrevivir o prosperar en medio de lo que parecían ser las nuevas condiciones del sector agrario. En una segunda fase, se intentaron establecer las condiciones de la transición postproductivista. Los rasgos claramente identificados fueron los siguientes:

- un giro del énfasis en la cantidad hacia la insistencia en la calidad dentro de la producción alimenticia (Morris & Young, 2000);
- la expansión de la pluriactividad a través de la diversificación de las actividades dentro de la granja y del recurso a empleos externos a la explotación agropecuaria (Evans & Ilbery, 1993; Gasson, 1988);
- un crecimiento del interés por la sostenibilidad de la práctica agrícola, fomentado a través de las políticas agro-medioambientales (Wilson, 1996; Evans & Morris, 1997);
- un incremento en la regulación de los impactos medioambientales de la agricultura (Ward *et al.*, 1995);
- el comienzo de una regresión ordenada del apoyo estatal a la agricultura (Winter *et al.*, 1998a).

El tercer y más reciente estadio ha supuesto una teorización concreta del postproductivismo (Ilbery & Bowler, 1998). Este era un desarrollo importante ya que potencialmente implicaba un compromiso con el postproductivismo a un nivel más crítico del que se había intentado anteriormente. Sin embargo, una de sus principales consecuencias ha sido que el proceso ha resaltado la naturaleza insatisfactoria de la noción en lugar de proporcionar una argumentación convincente sobre su existencia.

La teorización de Ilbery y Bowler (1998) se asienta sobre la interpretación del postproductivismo como una *inversión progresiva* de las tendencias productivistas de intensificación, concentración y especialización (Tabla 1). Luego, presentan las extensificación, la dispersión y la diversificación como las nuevas tendencias dominantes en el cambio agrario. Una observación inicial es que un período de cuarenta años de políticas productivistas unidimensionales habían hecho posible discernir los procesos productivistas. En verdad, sus orígenes arraigan en la modernización agraria de entreguerras y algunas orientaciones

se han probado irresistibles desde ese momento, tendencias como la que defiende que el éxodo laboral probaron desde la agricultura ha alentado la amalgama (concentración) de las propiedades y explotaciones. En comparación, las políticas agrarias introducidas desde mediados de los 80 han sido de pequeña escala, geográficamente fragmentadas y faltas de coherencia. Esto proporciona una base más completa desde la que identificar con seguridad procesos postproductivistas. Incluso, aunque se arguya que el postproductivismo está "progresando" más que "completado", las nuevas tendencias deberían resultar directa o indirectamente identificables, en tanto que pilares de los análisis contemporáneos sobre el cambio agrícola. Es, por lo tanto, obligado examinar los estudios recientes sobre la agricultura en el RU para poder determinar si la evidencia empírica en ellos recogida sostiene o refuta uno u otro modelo procesual.

Un punto de partida útil para aquilatar la importancia de la extensificación, la dispersión y la diversificación es establecer comparaciones con las tablas elaboradas por Bowler (1985) para exponer las respuestas procesuales primarias y las consecuencias secundarias de la intensificación, la concentración y la especialización (Tabla 1). El objetivo es, como se ha dicho, establecer la existencia misma de los procesos postulados, su forma y su nivel de significación. La evaluación también requiere considerar y tratar de contrastar empíricamente el principio central de Bowler e Ilbery (1998), la supuesta "inversión progresiva", en tanto que puntal de su edificio teórico.

1.- Extensificación

La mayor parte de la evidencia de extensificación en el contexto europeo se deriva de los cambios introducidos por la Política Agrícola Común (CAP, abreviada en inglés) y anunciados con la aprobación, en 1987, de la Regulación 1769/87 de la Unión Europea, que pretendía fomentar todo el proceso consecuente. Las medidas específicas propuestas incluyen la disminución de la densidad de las cabañas de animales de granja, la limitación de la producción cerealista a través de retiradas de producción de algunas parcelas —primero voluntarias y luego obligadas estatutariamente— y la oferta de incentivos

TABLA 1: Respuestas procesuales primarias y consecuencias secundarias en la industrialización de la agricultura.

| Dimensión estructural | Respuesta procesual primaria | Consecuencias secundarias |
|-----------------------|--|---|
| INTENSIFICACIÓN | <ul style="list-style-type: none"> -entradas adquiridas (capital) reemplazan el trabajo y substituyen la tierra (aumentan la dependencia respecto a las entradas procedentes de las industrias agroalimentarias) -mecanización y automatización de los procesos de producción -aplicación de avances en biotecnología | <ul style="list-style-type: none"> -desarrollo de cooperativas de suministro -ascenso del endeudamiento agrario -incremento del gasto energético y dependencia de los combustibles fósiles -sobrepoducción dirigida al mercado doméstico -destrucción del entorno y de los agroecosistemas |
| CONCENTRACIÓN | <ul style="list-style-type: none"> -menos unidades de explotación, pero más grandes -producción de la mayor parte de cultivos y ganado concentrada en menos granjas, regiones y países -venta de los productos de la granja a las industrias procesadoras de alimentos (dependencia creciente de la agricultura contratada) | <ul style="list-style-type: none"> -desarrollo de cooperativas de marketing -nuevas relaciones sociales en las comunidades rurales -incapacidad de los jóvenes para incorporarse a la agricultura -polarización de la estructura de tamaño de la granja -desigualdades crecientes entre las granjas (ingresos, tamaños, tipos, ubicaciones) -políticas agrícolas estatales en favor de las fincas grandes y de ciertas regiones |
| ESPECIALIZACIÓN | <ul style="list-style-type: none"> -especialización laboral, incluyendo las funciones de gestión -menos tipos de productos agropecuarios en cada granja, región o país | <ul style="list-style-type: none"> -los productos alimenticios se consumen fuera de la región de producción -aumento del riesgo de colapso del sistema -cambio en la composición de la fuerza de trabajo -rigidez estructural en la producción agraria familiar |

Fuente: Bowler (1985), Tablas 5.1 y 5.8.

"agro-medioambientales" para aminorar el ritmo de las intensificaciones agrarias. Superficialmente, esta serie de medidas parece que tratan a la vez de disminuir las entradas de la agricultura y disminuir sus salidas, constituyendo todo ello un paso hacia la instauración de la sostenibilidad en los agroecosistemas europeos. Sin embargo, un análisis crítico que profundice en la retórica del esquema demuestra que semejantes medidas son primordialmente formas de reducir las demandas presupuestarias de la política agraria. Desde esta perspectiva, la extensificación "sobre el terreno" se convierte más en un subproducto beneficioso que en un "proceso" de cambio coherente. Tal y como han mostrado Morris y Potter (1995), la vasta mayoría de los agricultores, más que adoptar los principios de la extensificación y abandonar los de la intensificación, ajustan pasivamente sus actividades para encajar con cualquier con-

junto de reglas vigentes en un momento dado. La evidencia empírica revela que los tres tipos de medidas extensificadoras son fundamentalmente débiles como reversoras de la intensificación, llegando incluso, en algunos casos, a fomentarla.

En el sector ganadero basado en el consumo de pastos, una mayoría de granjeros han resultado ser susceptibles de recibir pagos por la extensificación de sus explotaciones sin hacer ajustes significativos en sus cabañas. Así lo han registrado Winter *et al.* (1998a), quienes, en 1996, entrevistaron a 153 granjeros ingleses propietarios de empresas dedicadas al vacuno. Descubrieron que muchos de ellos no habían alterado el número de reses y, a pesar de ello, habían sido capaces de cumplir las nuevas normas extensificadoras. Esto había sido posible porque los límites en la densidad ganadera sólo se aplicaban en el contexto de las medidas contables de la CAP. Es decir, los granjeros podían mantener o incrementar el número de animales presentes en sus instalaciones, "extensificando" al mismo tiempo, siempre que reclamaran subvenciones de la CAP sólo por la fracción de su rebaño o manada permitida por las regulaciones extensificadoras. Si añadimos esos animales a los que no podían aspirar a subvenciones, resulta claro que las densidades ganaderas se han mantenido altas. La existencia de reglas que limitan el tamaño de los rebaños y las cifras de pagos derivados de las anteriores son pobres indicadores de cambios reales (Winter *et al.*, 1998b). Se puede argumentar que sólo se podrá iniciar potencialmente un viraje en la tendencia intensificadora cuando se ejecute la decisión tomada en las propuestas para la Agenda 2000, que vincula la extensificación con el tamaño de las instalaciones más que con el número de cabezas.

La principal aplicación de la extensificación en el sector de labranza ha sido en la forma de "retiradas" o "reservas" de la tierra, cuando el principal objetivo era la reducción del rendimiento. Precisamente, este último no se consigue a través de una bajada de la producción en todo el conjunto de la granja individual, tal como parecen sugerir razonablemente los modelos extensificadores. Más bien supone una mezcla de abandono de la tierra junto con agricultura intensiva, asumiendo que el rendimiento neto —la producción— de la granja disminuirá. El problema es que los granjeros han elegido sus campos con

rendimientos más pobres para "retirarlos" y han cultivado con mayor intensidad el resto de la propiedad (Ilbery & Bowler, 1998). Además de este problema de interpretación, es bien sabido que el sistema de retiradas o reservas rotacionales de los terrenos —habitualmente mediante el establecimiento estacional de campos de barbecho— comporta beneficios asociados a la recuperación de la fertilidad del suelo, sistema que permite mantener la intensificación del conjunto de la explotación. Pocas dudas puede haber sobre el hecho de que, en semejante situación, los agricultores continúan bloqueados en una cultura de la intensificación y que perciben los incentivos en el sentido de refinar sus habilidades asociadas con esa práctica, más que en el de efectuar una transición hacia sistemas agrícolas extensivos. Las reservas de tierra no suministran evidencia alguna de una inversión progresiva de la intensificación. Y apenas puede uno sorprenderse dado que la preocupación política reside en el realineamiento del sector puramente agrícola en el mercado mundial, un contexto de ajuste en el que ese tipo de extensificación representa un papel fugaz y relativamente menor.

La política agro-medioambiental, por su parte, es una cuestión de perfil alto y presupuesto bajo, con la consiguiente restricción de su impacto (Morris & Potter, 1995; Potter & Goodwin, 1998). Menos del 5% del gasto de la UE en agricultura se consagra a la financiación de estas medidas. Los comentaristas parecen haberse visto arrastrados por una marea de agro-medioambientalismo, tal como lo testifica la considerable cantidad de investigaciones llevadas a cabo durante la última década (Baldock *et al.*, 1990; Bishop & Phillips, 1993; Whitby, 1994; Wilson, 1996; Evans & Morris, 1997). No se puede negar que las medidas medioambientales marcan un importante cambio en la filosofía del gasto de la CAP, un cambio cuyos efectos exceden substancialmente el porcentaje presupuestario formal que se les dedica. Los esquemas medio ambientales sí promueven una auténtica extensificación como parte de una "administración" [de los recursos] que afecta a los límites de la cabaña ganadera, a los tratamientos químicos y a la aplicación de fertilizantes. Nuevamente la crítica surge del hecho de que el cumplimiento de las normativas requiere simplemente que el agricultor reaccione ante ellas y no tanto que se comprometa acti-

vamente con la extensificación. De todas maneras, el principal problema es que los propios investigadores raramente se han detenido para enfatizar que el apoyo a los precios de los comestibles, los subsidios para los productores desfavorecidos (tal como los granjeros de montaña) y los esquemas para reorganizar la tierra agrícola en unidades mayores y técnicamente orientadas —haciendo uso de la jubilación de los viejos granjeros y de los instrumentos de consolidación de las tierras—, son todos ellos supervivientes intactos de la era "productivista."

2.- **Dispersión**

Tal y como admiten Ilbery y Bowler (1998, p. 70), el proceso de *dispersión* es "la dimensión de cambio menos susceptible de ocurrir" y "existe poca evidencia real de él". Naturalmente, esto no impide la teorización acerca de tendencias hacia un mayor número de unidades agrícolas más pequeñas, y una mayor variedad de cultivos y crianzas en más regiones y países, coincidiendo con un declive de la agricultura contratada o por encargo. Al fin y al cabo, si este proceso es fundamental en el postproductivismo y si la agricultura durante los últimos diez años ha virado o está virando hacia dicho patrón, se deberían poder descubrir indicios de la presencia de esa dispersión como ingrediente de los cambios agrarios actuales. Y sin embargo, las evidencias empíricas de este extremo son de lo más débiles. Se ha establecido que la demanda de alimentos con identidad regional o local ha crecido entre los consumidores. A consecuencia de alguna escasez alimentaria reciente, la "calidad" ha pasado a ser cada vez más importante y es eso lo que puede persuadir a algunos agricultores a re-aseñar sus actividades productivas lejos de la concentración de los centros principales de producción (Ilbery & Kneafsey, 1998). De todos modos, esta inclinación sólo puede llegar a satisfacer un nicho limitado del mercado, perdido en la masa del sistema de producción alimenticia. En contraste, existen evidencias directas que muestran que la concentración productiva continúa impertérrita. El trabajo de Walford y Burton (2000) sobre las granjas y fincas de gran escala en el sudeste concluye afirmando que, en 1998, la proporción de las grandes propiedades en la producción de leche y cereales era mayor que en 1978. Esto

no implica negar el incremento de la agricultura de pequeñas dimensiones asociada con una creciente interés en la agricultura de hobby, una tendencia establecida desde hace bastante tiempo y que se ha investigado bajo el paraguas conceptual de la "agricultura a tiempo parcial" (Gasson, 1998). Es interesante hacer notar que semejantes análisis se acomodan perfectamente con la visión de la agricultura de *hobby* como un producto del productivismo. No se contempla la agricultura de *hobby* como un reto al productivismo tal como podría deducirse de la teorización sobre un componente de dispersión en el esquema postproductivista. Más aún, en las propuestas de la Agenda 2000, hay poca cosa que sugiera que se va a desalentar la ampliación del tamaño de las explotaciones agropecuarias, especialmente en aquellas naciones de la UE que continúan centradas en reorganizaciones estructurales y esquemas de jubilaciones anticipadas, con el fin de mejorar la eficiencia agrícola. Si la dispersión es un proceso que diagnostica una transición postproductivista, todavía está por establecerse.

3. Diversificación

La diversificación es el tercer proceso en la teorización del postproductivismo debida a Ilbery y Bowler (1998). Y, desde una perspectiva empírica, se antojaría el más convincente, al menos si hay que creer a la substancial literatura que se ha generado alrededor del tema desde mediados de los 80. De cualquier forma, es necesario, en primer término, percibir que, considerando dicha literatura como un todo, resulta que la mayor parte de las investigaciones se centran en la diversificación interna de la producción agropecuaria como parte de un concepto más amplio de la pluriactividad del conjunto doméstico de la granja (Evans & Ilbery, 1993). Esto ya se aparta un poco de la idea que hace de esa diversificación una representación de la inversión de procesos productivistas de especialización agrícola, "en los que una gran parte de la producción total responde a un producto particular" (Ilbery & Bowler, 1998, pág. 71).

Lo que resulta más coherente con la teorización postulada por el modelo postproductivista es la diversificación de la producción agrícola convencional en la granja. Sin embargo, con

los granjeros bloqueados por el sistema de cuotas de leche impuesto por la CAP, los terneros, las vacas y las ovejas, junto con el Plan de Pagos por Áreas Arables (AAPS, en inglés) dispuesto para continuar dentro del ámbito de la Agenda 2000, las perspectivas de un retorno a sistemas agropecuarios más mixtos, y menos especializados, parecen extremadamente limitadas. Más allá de la influencia directa de las políticas vigentes, el compromiso del capital con los sistemas modernos de producción endurece todavía más la rigidez estructural de la agricultura. De hecho, algunos problemas derivados del modo de producción "productivista" han actuado para autoperpetuar el sistema al fortalecer la especialización (y también la intensificación y la concentración). En particular, la crisis BSE ("vacas locas"), generada por el uso de ingredientes nutritivos con una alta proporción de proteínas —compuestos a partir de restos obsoletos o pocos rentables de la cabaña ganadera— ha llevado a la eliminación de las empresas cárnicas subsidiarias en las granjas. Los granjeros dedicados al cultivo, a las ovejas o a la producción lechera, han insistido en sus respectivas especializaciones debido a la retirada del ganado vacuno, respondiendo a una rentabilidad en franco declive (Evans, 1999). En las tierras altas, esto ha dejado a los granjeros de montaña con las ovejas como su única producción agrocomercial a gran escala (Winter *et al.*, 1998b).

Se puede examinar cualquier otra tendencia que se aparte de la especialización, incluso si se adopta el más amplio de los significados posible de diversificación, el desarrollo de nuevas fuentes de génesis de ingresos a partir de iniciativas y empresas no agrícolas o que supongan innovaciones en la agricultura en cuestión (Evans & Ilbery, 1993). Aunque esto no es nuevo por sí mismo (Bouquet, 1985), se ha dado un indiscutible resurgir en el número de agricultores que se han lanzado a la diversificación agropecuaria de sus explotaciones desde mediados de los 80. Se han clasificado las actividades, se ha observado su papel en la reestructuración del negocio agrícola familiar, y se ha evaluado la influencia del emplazamiento de éste (Slee, 1987; Marsden *et al.*, 1989; Ilbery, 1991; Evans & Ilbery, 1992; Bateman & Ray, 1994; Edmond & Crabtree, 1994). Técnicamente se podría considerar que algunas de estas actividades son de naturaleza productivista, tal como ocurre

con la cría de caracoles o el cultivo de cardos, por ejemplo, involucrados clara y respectivamente en las producciones alimenticia y textil. Dejando aparte estas matizaciones, la evidencia accesible apunta a que la diversificación de las explotaciones agropecuarias no cuadra con los criterios de inversión progresiva de la teorización de Ilbery y Bowler (1998). Hay una ausencia sorprendente de investigación longitudinal, pero los primeros 90 fueron testigos de un punto álgido en la iniciación de diversificaciones agropecuarias. Desde entonces, el crecimiento de nuevas operaciones ha remitido, tal como descubrió Chaplin (1997) para las empresas dedicadas al ocio y basadas sobre granjas. La tendencia a la diversificación parece haber perdido ímpetu debido a las razones predichas de la competencia, las limitaciones experimentadas por los negocios de las granjas ("resistencias" como las condiciones de arrendamiento, la falta de edificios adecuados, la ubicación, la capacidad de *marketing*) y la incertidumbre acerca del compromiso del estado con ese concepto (Ilbery, 1988; Evans & Ilbery, 1989). Respecto a este último factor, desde 1991 a 1993, el gobierno del Reino Unido ofreció informes de viabilidad, así como ayudas en capital y *marketing* para empresas de diversificación de las actividades en las granjas, a través del Farm Diversification Grant Scheme (FDGS). A nivel nacional, se piensa reintroducir en el acuerdo de la Agenda 2000 aquella parte del FDGS que hacía referencia al *marketing*, para permitir que los negocios "mejoren su competitividad" (MAFF, 1999). A nivel del gobierno local, los agricultores todavía perciben y experimentan dificultades para persuadir a los planificadores de los méritos de las iniciativas diversificadoras. Así, la diversificación de las actividades en la granja ha mostrado una fuerza variable y ha actuado mayormente con independencia de la especialización agrícola. Con el retorno a la agricultura mixta por llegar y con la diversificación de las actividades en las granjas habiendo alcanzado ya un máximo, esta tendencia básica exhibe una falta de coherencia con los cambios de la agricultura durante los últimos diez años. De acuerdo con la evidencia, no se puede sostener la presencia de una inflexión hacia una condición postproductivista coherente, que progresivamente invertiría el modelo productivista, y tampoco parece que se desprenda utilidad analítica alguna de postular semejante giro.

INFLUENCIAS CONTINUADAS DEL PRODUCTIVISMO EN CULTIVOS Y GANADO

En el examen precedente de los procesos de intensificación, concentración y especialización, estaba claro que muchos granjeros continuaban trabajando de un modo "convencional", mientras efectuaban algunos ajustes menores en sus prácticas productivistas. En cuanto a los cultivos, las explotaciones familiares continúan articulando sus actividades con el apoyo que la Política Agrícola Común (CAP, en inglés) dedica a los precios de algunos productos como los cereales o las semillas oleaginosas. La reserva de tierras y las estrategias agro-medioambientales son mecanismos que actúan débilmente cuando se trata de atenuar la influencia del productivismo sobre los rendimientos del uso de la tierra. Por ejemplo, en el programa de Áreas Medioambientalmente Sensibles del RU, se prevé que agricultores de las tierras bajas conviertan sus labrantíos en sistemas de pastos. Es sabido que la opción ha tenido un pobre seguimiento porque exige cambios integrales en las prácticas agrícolas de al menos una parte de la propiedad (O'Carroll, 1994; Morris & Ootter, 1995; Evans, 1997). Si se hubiera dado una adopción significativa en este "escalón más alto", estos proyectos habrían contribuido a la reducción tanto de la intensificación como de la especialización a través de un sistema agropecuario más mixto.

En cualquier caso, son los agricultores orgánicos o biológicos los que se pueden engranar más plenamente en los principios de extensificación y diversificación mediante una agricultura mixta. Según Cobb *et al.* (1999), sólo el 0.5% de la superficie agrícola se explotaba con criterios orgánicos en 1998. A pesar de la existencia de un Plan de Ayuda Orgánica (que se ha relanzado en 1999 como Plan de Agricultura Orgánica) desde la reforma de la CAP en 1992, una combinación de pobres proporciones en los incentivos (pagos) para la reconversión (disponibles dentro del plan y concedidos según criterios estrictos) han disuadido a los agricultores de adoptar las estrategias agro-orgánicas. Algunos años, el gobierno británico ha dedicado fondos limitados para potenciales agricultores orgánicos, acción que ha alentado esporádicas corrientes de

reconversión. La tendencia subyacente ha sido que el área de agricultura orgánica en el RU se ha cuadruplicado entre 1995 y 1998 (Cobb *et al.*, 1999), pero este crecimiento se ha visto eclipsado por la investigación y la aplicación de modificaciones genéticas en las prácticas agrícolas, una iniciativa en manos fundamentalmente de empresas agrícolas transnacionales. Y hace tiempo que se han definido los avances en biotecnología como uno de los principales pilares de la intensificación agraria (Bowler, 1985). De manera similar, la "mecanización y la automatización de los procesos de producción", otro rasgo primario de la intensificación identificado por Bowler (1985), parece dispuesto a tener continuidad. Naturalmente, esto liga a los agricultores a sistemas de producción altamente especializados que, en virtud de las inversiones de capital necesarias, resultan más eficientes al aplicarse en grandes unidades de explotación (lo que promueve la concentración). Incluso con un desacoplamiento radical de los pagos en concepto de comestibles recibidos por las granjas y con el desmantelamiento del sistema de subvención a los precios de la CAP, los procesos productivistas permanecerían como los motores esenciales del cambio agrícola. La extensificación selectiva y la diversificación de la empresa agraria, particularmente por lo que se refiere al uso más limitado de entradas de compra, se pueden dar en paralelo con la intensificación y la especialización. Actualmente, la probabilidad de la teorizada inversión progresiva, indicativa del postproductivismo, parece remota, si es que llega a plasmarse.

En el sector ganadero, los geógrafos agrarios han seguido durante muchos años los cambios espaciales intervenidos en el sector lácteo, vacuno, ovino, porcino o aviar, a causa de los procesos productivistas apoyados estatalmente (Bowler, 1975; Symes & Marsden, 1985; Halliday, 1988). Sin embargo, tal como han ilustrado Evans y Yarwood (1997), se ha ignorado ampliamente el impacto del productivismo sobre los propios animales. Es un olvido desafortunado ya que concentrarse en la cría de ganado puede revelar mucho sobre la dirección en la que se está moviendo el cambio agrícola. Aunque los procesos productivistas se establecieron firmemente en el temprano siglo XX, fue tras la Segunda Guerra Mundial cuando se aceleró el declive de la cría específica de animales domésticos.

La intensificación ha insistido enormemente en la selección y la manipulación mediante continuos cruzamientos, utilizando aquellas variedades que generan más comida a través de ganancias de los pesos en canal, proliferación de las crías y desarrollo de los rendimientos lecheros, por ejemplo. Quizás es inevitable que hayan habido "ganadores" y "perdedores" entre los ganaderos, ya que éstos se han especializado más y más en las variedades que responden mejor a las demandas de la intensificación. Por ejemplo, la vaca Holstein-Frisona ha demostrado un rendimiento lechero excepcional, hasta el punto de que, hoy en día, da cuenta del 90% del suministro de leche del Reino Unido (Yarwood & Evans, 2000). Un efecto obvio es que la geografía de las granjas ganaderas en las Islas Británicas ha cambiado drásticamente (Yarwood & Evans, 1999),

La concentración también ha tenido un papel en la decadencia de la diversidad de las explotaciones ganaderas, aunque raramente, se le reconoce. A medida que las granjas se amalgamaban, eran menos los granjeros que podían seguir sus preferencias personales respecto a las variedades de ganado que mantenían. La consecuencia es que el productivismo ha extinguido en el RU algunas razas domésticas, como las ovejas Rhiw, desaparecidas durante los 50, las Oxford Sandy y las Blacks, en algún momento de los 60 y el cerdo de pelo rizado de Lincolnshire, hacia 1972. El ritmo de extinciones se ha detenido desde 1973, sobre todo gracias a la caridad de Rare Breed Survival Trust (RBST, abreviado en inglés) (Evans & Yarwood, 2000). En un hipotético viraje al postproductivismo, se podría anticipar que se daría una recuperación espectacular de muchas variedades, a medida que se irían descubriendo sus utilidades potenciales en la pluriactividad, la gestión del entorno y el establecimiento de una estrategia de *marketing* (Yarwood & Evans, 2000). Es evidente que se han revalorizado algunas variedades, particularmente las que presentan características físicas inusuales (tales como las vacas White Park o las ovejas Manx Loghtan) que pueden ayudar a atraer visitantes de pago a los parques ubicados en granjas. De todas maneras, semejante recuperación ha sido selectiva y generalmente parcial debido a lo limitado de las situaciones en las que se puede emplear con éxito variedades ganaderas raras. Por

ejemplo, variedades raras tales como las vacas Longhorn, los cerdos de Berkshire o las ovejas de las Hébridias se pueden usar como herramientas de gestión en la conservación del entorno, pero, tal como ya se ha comentado, los fondos consagrados a dichas actividades permanecen limitados. Paralelamente, la vigencia de la ideología productivista significa que al menos 47 variedades se hallen en peligro de desaparición, si nos atenemos a los indicadores numéricos de los animales de cría con pedigrí. La RBST echa mano de esos indicadores para clasificar la seriedad de las difíciles situaciones de cada variedad, oscilando entre "crítica" y "de riesgo" (Tabla 2). Aunque las variedades individuales han experimentado suertes fluctuantes de año en año, durante los 90 el movimiento neto global entre estas categorías ganaderas ha sido escaso. Por el momento, el postproductivismo no ha tenido un impacto discernible en un área donde la presencia de sus tendencias teorizadas debería ser significativa; y nuevamente esta ausencia pone en cuestión la existencia misma del modelo postproductivista.

MÁS ALLA DEL POSTPRODUCTIVISMO: APROXIMACIONES CULTURALES A LAS INCOHERENCIAS AGRARIAS CONTEMPORÁNEAS

No se puede negar que la agricultura en la UE ha experimentado muchos cambios recientemente. Los investigadores han esgrimido el término "postproductivismo" como una conveniente muletilla que enfatizase y encapsulase a un tiempo dichos cambios. Sin embargo, incluso en el marco de discusiones teóricas sobre "lo rural", se había prestado poca atención a la teorización del postproductivismo hasta la intentona de índole procesual protagonizada por Ilbery y Bowler en 1998. De hecho, Marsden (1998) declara que ahora prevalecen las condiciones postproductivas, que influenciarán las dinámicas a lo largo de las cuáles el espacio rural se continuará diferenciando. La evidencia empírica procedente del RU y aquí presentada manifiesta escaso apoyo a la concepción del postproductivismo como un conjunto coherente de circunstancias vinculadas en un proceso de reversión del modelo productivista. No se ha puesto énfasis en el hecho de que una mayoría de los agricultores continúa llevando su negocio como era habitual, de

TABLA 2: *Varietades raras de vacuno, ovino y porcino tal como las registraba el RBST en la primavera del 2000.*

Hágase notar que también reconoce 2 razas de caprino y 13 de caballar (incluyendo ponis), lo que suma un total de 47.

| Clase | Estado | Vacuno | Ovino | Porcino |
|-------|------------|-------------------------------------|---|---|
| 1 | Crítico | Irish Moiled Shetland Waynol | Boreray Castlemilk Moorit | British Lop Large Black Middle White Tamworth |
| 2 | En peligro | Gloucester White Park | Galway Leicester Longwool Norfolk Horn Teeswater Whitefaced Woodland | Berkshire British Saddleback Gloucester Old Spots |
| 3 | Vulnerable | Beef Shorthorn Kerry Red Poll | Balwen Costwold North Ronaldsday Portland Soay | |
| 4 | De riesgo | | Dorset Down Greyface Dartmoor Hill Radnor Lincoln Longwool Llanwenog Manx Lughtan Shropshire Southdown Wensleydale | |

Fuente: The Ark, primavera 2000.

tal manera que no se ha abierto un debate sobre el mito post-productivista (Winter, 1997; Morris & Evans, 1999). En vez de ello, se ha apostado fuertemente por la idea de una transición de uno a otro patrón, a pesar de la naturaleza dualista de este enfoque. Esto no deja de sorprender en un momento en que los geógrafos humanos están rechazando ese dualismo y en el que la incertidumbre y la inestabilidad social, económica y política caracterizan el sector agropecuario de la Unión Europea. También resulta claro que se presta muy poca atención a la definición de los procesos que dominan las condiciones de la agricultura más allá de Europa. Por ejemplo, incluso bajo las influencias globalizadoras de la Organización Mundial del Comercio y de la política agraria estadounidense —aplicadas a forzar el desplazamiento del sector hacia una posición donde se pueda negociar más satisfactoriamente la liberalización comer-

cial—, es difícil aceptar que los granjeros norteamericanos reconozcan muchos de los rasgos empleados para definir el post-productivismo. Es más, la insistencia política en la necesidad inminente de que los agricultores sean capaces de competir en el "mercado mundial" parece poner el énfasis en principios productivistas por doquier, tal como lo demuestra la forma en que los granjeros neozelandeses están llevando la desregulación de sus negocios. En breve, la liberalización de la agricultura neozelandesa, en 1984, ha forjado una trayectoria de desarrollo que se alinea más fácilmente con una reformulación del productivismo que con la aserción de una ética postproductivista.

Esta ponencia ha cuestionado un enfoque analítico que empieza asumiendo que el postproductivismo existe como una transición completa en sí misma, que explicaría las diferencias observables como meros desarrollos desiguales de la misma. Las recientes reestructuraciones agrarias demandan el traslado a un nuevo terreno conceptual sobre el cual reposan las condiciones de la agricultura contemporánea, al modo de un palimpsesto dentro de un contexto productivista perturbado. Es razonable esperar que este lienzo agrario reconfigurado se coloree con aproximaciones que incorporen una mayor sensibilidad cultural. En la geografía agraria hay una tradición de conductismo que demuestra que es difícil cambiar las actitudes de los granjeros. Sin embargo, tras cuarenta años de productivismo, se continúa subestimando su "arraigo cultural". A través de la crisis política agropecuaria de los 80 -que se ha entendido generalmente como el desencadenante del giro post-productivista-, los investigadores han distinguido incluso una tendencia de los negocios agropecuarios familiares a alterar la combinación concreta de actividades de la empresa granjera como primer recurso en el inevitable ajuste que debían afrontar (Munton, 1990; Bowler *et al.*, 1996). Muchos agricultores continúan favoreciendo las soluciones de cariz productivista como camino a seguir, soluciones ligadas a construcciones altamente apreciadas de "mejora" generacional a través de un sentido del deber orientado al mismo tiempo hacia los progenitores y hacia la descendencia (Potter & Lobley, 1992). Lamentablemente, no se ha vinculado más explícita y directamente estos hallazgos con una evaluación de la validez conceptual del postproductivismo.

Cloke (1997) señala que el "giro cultural" ha inspirado una oleada de interés por la geografía rural. Sin embargo, las intuiciones y pistas generadas en su ámbito todavía no han calado en la investigación agraria, tal como lo demuestra la propia crítica de Cloke, con sus fugaces referencias a la agricultura. Según la argumentación de Morris y Evans (1999, p. 354), esa conexión ofrecería a la geografía agraria "nuevas perspectivas metodológicas y conceptuales sobre viejas cuestiones y sugeriría nuevos temas de investigación". Adoptando este enfoque, una serie de temáticas clave para la investigación se presentan por sí mismas. Muchas pueden resultar ser nuevos procesos de cambio, generadores continuos de las diferencias en el espacio agrario. Si se examinan esos temas con sensibilidad cultural, no es necesario mostrar el postproductivismo como la reversión de procesos productivistas.

- ¿Cómo se continúa perturbando y refinando la ética productivista? En particular, ¿hasta qué punto resultan atractivos los métodos "neoprodutivistas," asentados sobre la tecnología, incluyendo conceptos de la tercera vía y plasmados en sistemas agropecuarios integrados y de precisión (Morris & Winter, 1999; Gerber *et al.* 1998)?
- ¿Cuál es la relación entre el desarrollo empresarial de las granjas y la sociedad rural en sentido amplio, real e imaginario? ¿Cómo encaja el creciente consumo de las granjas y de sus actividades en tanto que recurso cultural y patrimonial con su función productiva y sus productos?
- ¿Cuáles son los nuevos organismos activos de la administración pública dedicados al sector agrario y cómo actúan para regularlo?
- ¿Cómo están reaccionando las explotaciones agropecuarias ante las presiones del estado y de la sociedad para que adopten los principios de gestión administrativa y cuál es su influencia en la reformulación de medidas que fomenten una actividad agraria respetuosa y sensible con el medio ambiente (McEachern, 1992)?
- Recurriendo a pistas ofrecidas por la geografía animal, ¿de qué formas se construyen, se impugnan y subsiguientemente se ubican las actividades ganaderas en el campo (Evans & Yarwood, 1995; Gray, 1996; Yarwood & Evans, 2000)?

Estas sugerencias representan una selección de las actuales incoherencias agrarias que pueden prestarse a un análisis que otorgue un lugar central al "pegamento cultural". Su importancia para los geógrafos agrarios reside en que gozan de una pertinencia local que requiere una investigación innovadora para conseguir entender el cambio en las explotaciones agrarias. Los caminos que abren parecen más fructíferos que tratar de demostrar la existencia del postproductivismo como un todo a lo largo y ancho del ramo agropecuario.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se beneficia de varios proyectos de investigación en colaboración con Carol Morris y Michel Winter, en Cheltenham et Gloucester College of H. E. y con Richard Yarwood en el University College de Worcester. Quiero reconocer plenamente su contribución, aun haciéndome también plenamente responsable del contenido de la presente ponencia.